



A Miguel Ubiria, gran amigo de «Motza» y buen amigo mío.

A raíz de terminarse la guerra ruso-japonesa, el gobierno del Japón premió, con un crucero alrededor del mundo, a los soldados que por sus actos heroicos se distinguieron durante la campaña.

Con este motivo, llegaron en el verano de 1907 a San Sebastián dos magníficos acorazados, el «Chitose» y el «Tzukuba», siendo durante unos días inesperado motivo de atracción para la colonia veraniega; un verdadero acontecimiento fuera de programa. Por su parte, el Ayuntamiento donostiarra agasajó, lo mejor que pudo, a los visitantes; fueron huéspedes de honor, hubo recepciones, bailes de gran gala, corridas de toros y muchas fiestas más.

Ellos, los Hijos del Sol Naciente, dejaron grata memoria de su visita por la compostura, obsequiosidad y distinción con que se portaron durante su permanencia en la Bella Easo.

Su color icterico, sus ojos oblicuos, sus pómulos salientes, el óvalo de su cara, sus dientes pequeñitos y apretados, su hablar desconocido y hasta la uniformidad de sus trajes y la casi identidad de sus tipos, que hacía a los ojos inexpertos de la gente pareciesen hermanos, llamo poderosamente la atención.

Y no pasaria de aquí el recuerdo que de los japoneses conservo—aparte de la buena amistad que desde entonces con alguno de ellos mantengo—si, al poco de marcharse, no me hubieran contado un hecho pintoresco, que dió motivo, a su vez, a que conociese las singulares andanzas de un ilustre paisano nuestro.

Ocurrió el caso, no sé si en la tienda de Joshepa Angela o en otra, también de telas; pero si estoy seguro que fué en un comercio de la parte vieja de San Sebastián.

Era por la mañana. Hacían tertulia en la tienda con la dueña, unas amigas suyas que acababan de llegar de misa mayor. Comentaban los pequeños sucesos del día, cuando acertó a entrar un grupo de nipones, cuatro o cinco, pidiendo, mal que bien, se les mostrase algunas piezas de lienzo.

La dependienta cumplimentó la orden, y mientras los orientales examinaban los géneros, la dueña, o alguna de sus amigas—que en esto no hay seguridad—comentó en voz alta, en vascuence, desde luego, y en términos un poco extremados, la fealdad de los japonesitos.

Tal eco de unanimidad debió de hallar el comentario entre las tertulianas, que a las aquiescencias sucedieron las exclamaciones, y a éstas, las risas; a tal extremo, que uno de los japoneses, no pudiendo contenerse ante alusión tan clara, volvióse en redondo y dirigiéndose, con extremada cortesía y fina sonrisa, le interpeló en correctísimo y más puro vascuence goyerritarra:

—*Barkatu, eheco-andre; baño ¿orrombeste ichusiyak algera?*

¡Puede imaginarse cómo quedarían las buenas e imprudentes señoras! Un color se les iba y otro se les venía. No sabían a dónde mirar.

Entonces tocó el turno al japonés, que rió a sus anchas del ridículo de las parlanchinas damas donostiarras.

Luego vinieron las explicaciones, y se aclaró el misterio de que un japonés hablase con tanta perfección el vascuence.

Resultó, que el tal punto, era de un caserío de Rentería—no supieron asegurarme si de Morroncho o de Baryongo—que de niño se escapó a Filipinas, de donde marchó al Japón, haciéndose allí ciudadano de aquel país.

Quando me contaron tan singular historia, pensé que la vida de un personaje así y paisano nuestro, por fuerza habia de tener hechos que se salieran de lo vulgar y corriente, y decidí inquirir detalles. Para ello, escribí en este sentido al señor Magosafuro Yoshida, oficial del «Chitose», con quien simpaticé durante su estancia en San Sebastián.

Unos meses después, cuando para nada me acordaba ya del Japón y sus habitantes, recibí la siguiente carta,

que transcribo íntegra, para conocimiento del curioso lector:

Dice así:

«Muy distinguido señor mío: Sé, por mi jefe, el señor Yoshida, sus deseos de conocer mi historia; pero tales cosas me han ocurrido en mi accidentada vida, y son tan reducidos los límites de una carta, que por fuerza me veo precisado a resumirla en algunas escuetas y secas líneas.

Yo nací en un caserío de Rentería. Mi padre me mandó a la escuela cuando tuve edad para ello. Los de la «calle» no nos podían ver a los «casheros». Un día, como tantos otros, nos apedreamos de lo lindo. Di yo con una piedra en la cabeza de un compañero y con ella, él en tierra. Todos lo tuvieron por muerto. Tuve miedo. Hui.

A la caída de aquel día terrible, medroso y hambriento, contemplaba desde el monte la bahía de Pasajes. Una idea cruzó por mi mente: ir a América. Al amanecer del siguiente día, salía con rumbo desconocido, escondido en el fondo de la sentina de un barco... Una semana después, llegábamos a Sevilla.

Vagué por plazas y calles. El capitán Ashketa, de Pasajes—Boluá, como le llamaban—me vió husmeando por los muelles de Triana; se apiadó de mí y me llevó a su barco enrolándome de «chap».

Así hice varios viajes a Filipinas, hasta que en uno de ellos me quedé en Mindanao.

Contar mis andanzas por aquellas islas, sería el cuento de nunca acabar, y ya que no hallo una fórmula que pueda condensarlas—como aquel que al ir a confesar, por ahorrarse el paso, exclamó; Padre, menos robar y matar, de todo ¡mucho!—quiero contarle ta sólo cómo tuve que dejar aquello.

Se celebraba una gran fiesta con asistencia de toda la plana mayor de la isla. Hallábame yo cerca de una dama muy principal, que era de Astigarraga, y de muy buen humor; detrás, precisamente, del Gobernador Militar. En esto, percibo un fuerte olor a... —¡bueno, algo imponente!—y oigo que la dama me dice por la bajo:

—*Txistu burni, Motza, txistu burni.*

Yo, maquinalmente, empiezo a silbar; miro a mi alrededor, no veo más hierro que la empuñadura del sable del Gobernador, y ¡zás!, la toco.

Se amosca este señor; vuelve la cara, encuentra a la señora muerta de risa; percibe el tufillo, y... no le quiero contar la que se armó; interrumpieron los discursos, se

hicieron preguntas a gritos, se dieron órdenes intempestivas en voz alta, se increparon unos a otros; las señoras se desmayaron, hubo cargas, gritos subversivos, en fin, un verdadero motin, sin que nadie llegase a explicarse lo que lo había motivado.

Consecuencia de esto fué mi fuga de la isla, porque el gobernador había jurado deshollarme vivo donde me pescara.

Fuí a China. Así como los chinos en Europa se dedican a vender collares a «tlé y cuatlo peleta», los europeos en China viven cazando una especie de saltamontes que los chinos comen con salsa de tomate.

Poco tiempo hice en China. No podía acostumbrarme a las comidas de aquel país. Figúrese que comen tortillas de unas orugas que allí hay; nidos de golondrinas, y sobre todo, perros. ¡Ah, es un asco! Verá usted como se los preparan y me lo dirá usted: cogen un perro del tamaño proporcionado al número de comensales y lo meten en un cuarto. Allí lo tienen siete u ocho días sin darle más ali-

mento que una infusión de hierbas purgantes que ellos conocen. Así el perro se limpia por dentro y se purifica. Al cabo de ese tiempo, cuecen un gran puchero de arroz y se lo dan al perro. Este, hambriento hasta la desesperación, se tira como una fiera sobre el arroz; se atraca, se hincha, y es corriente que muera de indigestión. Entonces, lo lavan y meten en un enorme perol, donde lo cuecen en agua. Una vez a punto, lo sirven así, tal cual está, con pelos y todo. En la misma mesa lo abren y descuartizan. ¡Y hay que ver como se chupa los dedos aquella gente! Lo que

más les gusta, precisamente, son las tripas, que vienen a ser morcillas de arroz, hechas solas, sin el trabajo de haberlas tenido que hacer; pues es tal la voracidad del perro, que no tiene tiempo de digerir los granos, que pasan enteritos a los intestinos.

De China pasé al Japón, cuando recién se había declarado la guerra rusojaponesa. Senté plaza de voluntario en el ejército, y lo demás, ya lo sabe usted.

Esta es mi vida contada escuetamente. Mis aventuras de Filipinas, merecen capítulo aparte. Otro día le contaré aquello.

Mientras, pidiéndole perdón de no descubrirle mi verdadero nombre, por razones que usted comprenderá, queda a sus órdenes suyo afectísimo y S. S.—*MOTZA*.

LUSHIO DEL ORTO.



NUEVA SOCIEDAD DE LOS

**Mármoles Rojos de Archipi**  
(S. L.)

Teléf. 60-51

RENTERIA

Gran fábrica de aserrar, tornear, moldurar y pulimentar mármoles - Suministro de mármoles de todos colores para construcciones, fachadas, escaleras y baldosados - Trabajos de Cementerios - Panteones y Lápidas.

PIDANSE PRESUPUESTOS

Linternería y Reparación de Bicicletas

**Rafael Blanco**

Santa Clara, 12

RENTERIA

\*\*\* Taller de Linternería y Pintura de \*\*\*

**Guillermo Ascasibar**

Oranzu, 4

Renteria